



Discurso 1 - FAO Santiago – Giovedì 24.08.2023

Conversatorio: Prevenir y reducir las pérdidas y los desperdicios de alimentos en el contexto de la seguridad alimentaria y nutricional. Un reto intersectorial

Excelencias, Embajadores, Profesores, Señoras y Señores

Les doy las gracias de todo corazón por estar hoy aquí, por haber elegido dedicar tiempo a un tema tan decisivo que revela una de las contradicciones de nuestro tiempo. Gracias al Ministro Dr Esteban Valenzuela por su presencia y al Dr. Máximo Torero, Economista Jefe de la FAO, que ha cruzado el océano para hablar hoy con nosotros, y a los demás oradores.

Un agradecimiento especial al Dr. Mario Lubetkin, Representante Regional de la FAO para América Latina y el Caribe, quien quiso que esta reunión se realizara aquí en Santiago de Chile, contribuyendo a

reflexionar sobre el muy delicado tema: Pérdidas y desperdicios de alimentos en América Latina y el Caribe.

Es un tema muy actual y muy urgente en nuestra época, a la cuya perspectiva yo quisiera añadir algunas consideraciones más. Hoy quiero reflexionar con ustedes sobre las Pérdidas y desperdicios de vidas humanas en América Latina y el Caribe. Creo que el verdadero escándalo no reside solo en el desperdicio y la pérdida de millones de toneladas de alimentos cada año, sino en el hecho de que estos alimentos desperdiciados marcan, a veces hasta la muerte, el destino de millones de personas. También en América Latina.

El Papa Francisco lo subrayó bien, escribiendo al director de la FAO, Qu Dongyou, en 2019 (dos mil diecinueve): “Descartar los alimentos significa descartar a las personas”. Este descarte de personas, no de alimentos, es intolerable, insoportable, execrable, fuente de inmensa vergüenza. Y somos responsables de ello ante Dios y ante la historia.

Y no importa que el desperdicio de alimentos en América Latina cubra sólo el 6 % (seis por ciento) del desperdicio mundial. El porcentaje, objetivamente bajo, se convierte rápidamente en trágico si, en efecto, dejamos de pensar en los alimentos para fijarnos en las personas. Los 47 (cuarenta y siete) millones de personas desnutridas en este continente, el aumento de la tasa de malnutrición en los últimos años. Las situaciones trágicas en algunos países: hace dos años estuve en Haití; visité los barrios marginales de Puerto Príncipe, me encontré con personas hinchadas de comida basura o descarnadas por la desnutrición crónica. ¿Cómo es posible seguir haciendo la vista gorda,

soportarlo, no hacer nada por esa gente... cómo es posible tratar a Haití como una tabla de números en rojo? Es el rojo de la sangre de esas personas lo que también pesa sobre nuestras conciencias.

Superar la lógica del mercado

El cambio de perspectiva que me permito someter a su atención, del despilfarro de alimentos al despilfarro de vidas humanas, requiere un segundo cambio de paradigma que nos ayude a abordar la cuestión con seriedad y responsabilidad. Ya no podemos permitirnos abordar la cuestión de la alimentación desde una lógica puramente económica y de mercado. Ciertamente, la producción, distribución y transformación de alimentos requiere, en cierto modo se basa, en una estructura económica que funciona y es eficaz gracias a una serie de dispositivos y formas. Pero al mismo tiempo la supera, es mayor. Dado que el ámbito agroalimentario marca directamente la vida de las personas, respondiendo a sus necesidades básicas, más que en otros ámbitos, es evidente que la economía no puede considerarse como un fin en sí misma, sino como un medio al servicio de la vida de las personas y de la construcción de una sociedad justa. Mucho menos una lógica de mercado puede ser la única e indiscutible dueña de tales procesos.

El Papa Francisco escribe: “La lucha contra el hambre exige superar la fría lógica del mercado, centrada ávidamente en el mero beneficio económico y en la reducción de los alimentos a una mercancía más, y afianzar la lógica de la solidaridad”. (Mensaje del Papa Francisco para el Día de la Alimentación 2021)

Pero, ¡ojo! El Papa no nos llama simplemente a ser más caritativos, a donar, por ejemplo, una parte de los beneficios a obras sociales. No, la solidaridad no es simplemente un sentimiento de benevolencia y atención hacia los más débiles y desfavorecidos. Más bien alude al hecho de que toda experiencia humana, incluida la económica, se injerta y coopera en la construcción de una familia humana fraterna (así el Papa en su valiente Carta Encíclica “Fratelli tutti” sobre la fraternidad y la amistad social). Lógica de la solidaridad significa, pues, que incluso los sujetos económicos reconocen la responsabilidad social de sus acciones, la interconexión entre los distintos sujetos, el cuidado de las personas y del mundo que habitan.

Sólo abordaremos seriamente el despilfarro de alimentos cuando reconozcamos que no puede atribuirse a una única cuestión de mercado, a algo que pueda definirse y medirse en tablas, estadísticas y rendimiento. Las vidas humanas superan todo esto. Exigen la superación de las lógicas del beneficio y del presupuesto. Exigen la seriedad de procesos económicos realistas y viables, pero no hacen de éstos los fines de la acción.

Denunciar la cultura del descarte

Sin embargo el predominio de la lógica mercantil con la que tratamos el despilfarro de alimentos, de hecho, gestionamos y contabilizamos el despilfarro de vidas humanas, muestra uno de sus resultados más

deletéreos en uno de los temas que más aprecia el Papa Francisco, en su lúcido análisis de la cultura occidental:

“Luchar contra la terrible plaga del hambre también significa combatir el desperdicio. El desperdicio manifiesta desinterés por las cosas e indiferencia por los que carecen de ellas. El desperdicio es la expresión más cruda del descarte. Me viene en mente cuando Jesús, después de distribuir los panes a la multitud, pidió que se recogiesen los pedazos que sobraban para que no se perdiera nada (cf. *Jn 6,12*). Recoger para redistribuir, no producir para desperdiciar”. (A los miembros de la Federación europea de bancos de alimentos, mayo 2019)

La lógica del descarte es lo más alejado al mensaje evangélico. Desde la primera página, la Biblia dice que todo lo que hay en la tierra es bueno. Descartar, por el contrario, dice que algo también puede perderse, que algo debe desecharse. Y en referencia al hombre, la Biblia dice que es “muy bueno”. La plenitud de este juicio se revela en las acciones y enseñanzas de Jesús, donde todos son acogidos y amados, valorados y queridos, incluso cuando son inútiles, están al margen, incluso cuando se han marchitado. Jesús no descarta a nadie, y sus discípulos, de todos los tiempos, incluso con todas sus debilidades, están llamados a reiterar con fuerza esta su enseñanza: nada se desperdicia, nadie es descartado, no hay ninguna razón -¡ninguna razón en absoluto! - para dejar a nadie atrás. En la mesa no se descarta a nadie. Siempre debe haber sitio para todos. La parábola del pobre Lázaro y del rico Epulón -tal como la propone el Evangelio- denuncia severamente toda marginación.

Combatir la resignación

El enfoque puramente mercantil, por el contrario, ya tiene en cuenta las pérdidas, las devoluciones y los productos de desecho. Esto se enseña desde el primer año de economía. Este elemento económico produce, a nivel cultural y político, una especie de resignación. Todo el mundo dice que el despilfarro de alimentos es malo y anuncia medidas en ese sentido; pero luego las acciones son anodinas, “hacemos lo que podemos, sabemos que nunca podremos eliminar por completo el despilfarro”.

¿Podemos resignarnos ante los 47 (cuarenta y siete) millones de personas desnutridas en América Latina? ¿Podemos tratar con superficialidad el hecho de que la agencia en la que nos encontramos nos recuerde que con los 69 kg (sesenta y nueve kilogramos) de comida que desperdicia anualmente cada habitante de este continente podríamos contribuir significativamente a la nutrición de 30 (treinta) millones de estas personas?

Tres vías de trabajo

Para concluir este llamamiento mío – del fondo del corazón- para que nadie se quede fuera de la mesa de la vida tampoco en este continente, quisiera señalar tres vías concretas de trabajo.

La primera tiene que ver con los números, tanto en sentido cuantitativo como cualitativo. En primer lugar, el continente latinoamericano es el que menos datos tiene sobre el fenómeno del desperdicio de alimentos (y, por lo tanto, sobre el desperdicio de vidas humanas que conlleva).

Junto a los datos sobre la producción, también deberían comunicarse siempre los datos sobre el desperdicio de alimentos. Necesitamos sentir el peso real de este escándalo. Además, necesitamos cifras que indiquen el peso social de este fenómeno. El número de horas de trabajo desperdiciadas o el coste energético de las actividades no realizadas no son indiferentes. El número de toneladas de alimentos perdidos es insuficiente: ¿por qué no decir también qué pérdida en términos sociales y humanos hay detrás del despilfarro de un producto agrícola?

La segunda vía quiere tomar en serio uno de los términos más utilizados en este mundo: la cadena alimentaria. La alimentación, y sus pérdidas, es un proceso que implica a una increíble multiplicidad de actores sociales. Esta reunión nuestra de hoy también da testimonio, a través de nuestros múltiples orígenes, de lo articulado que está este proceso. Estoy convencido de que la lacra del desperdicio de alimentos sólo puede resolverse aunando esfuerzos: no es prerrogativa exclusiva de un actor, no es responsabilidad exclusiva de otro. Cuando se absolutiza una responsabilidad sobre las demás, se corre el riesgo de desresponsabilizar el sistema (siempre se está esperando a que otro haga algo) y de condenar todo el proceso al fracaso.

El despilfarro de alimentos sólo puede abordarse desde una visión integral de la realidad. Tenemos que aunar los macroescenarios y las historias individuales, la gran distribución organizada de los supermercados y los mercados callejeros informales, las tecnologías más refinadas y la sabiduría campesina más ancestral. No es una

operación sencilla, pero es indispensable si queremos alcanzar el resultado de no excluir a nadie.

La tercera y última vía es, por último, cultural. Sólo pasaremos de ocuparnos de los residuos alimentarios a ocuparnos de las personas si sabemos mostrar el valor de la comida y de la mesa. Lo he citado antes: “La comida no es una mercancía como las demás”. Es la vida de las personas y de la sociedad. Necesitamos un enfoque responsable, incluso espiritual. La contundencia de este pasaje se desprende claramente de los estudios que demuestran que uno de los pasos clave para reducir el desperdicio de alimentos es la educación que permite cambiar prácticas domésticas que, de otro modo, serían dañinas. Si una persona es consciente de la dignidad y la bondad de sí misma, de sus seres queridos y de los bienes de que dispone, entonces desperdicia menos, hace de la comida un acto profundamente humano (la mesa y la cocina) y asume nuevas responsabilidades.

El cuidado de la mesa, es decir, la forma humana de la alimentación, es decisivo.

Una de las páginas más bellas de la Biblia - se encuentra en el libro del profeta Isaías - relata el sueño de Dios para la humanidad: un banquete de comida abundante y vino delicioso al que tengan acceso todos los pueblos de la tierra. Comida buena y abundante para todos. Quizá la imagen más bella y verdadera del paraíso.

Muchas gracias.